

La pesca tradicional en Huelva: de las salazones y las conserveras al congelado

Juan José García del Hoyo, Celeste Jiménez de Madariaga | Universidad de Huelva

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/issue/view/4257>

RESUMEN

La pesca en la costa onubense ha sido una actividad que no solo puede y debe ser analizada como producción económica, sino también por las implicaciones culturales y sociales que conlleva. En este texto, mostramos una panorámica histórica de la importancia de la pesca tradicional en la provincia de Huelva y sus transformaciones hasta la actualidad. En este recorrido por la historia y las tradiciones pesqueras, nos detenemos en las artes y modos de pesca, y en otras ocupaciones vinculadas a ésta que han destacado en el litoral onubense, como las salinas y las fábricas conserveras.

Palabras claves

Congelados | Conserveras | Huelva | Pesca | Salazón |



Buque de cerco de poliéster en la ría de Carreras en Isla Cristina (Huelva) | foto Celeste Jiménez de Madariaga, autora de todas las imágenes que ilustran este artículo

La costa de la actual provincia de Huelva ha sido, desde tiempos inmemoriales, una de las zonas pesqueras más productivas de la Península Ibérica. Los grandes ríos que la acotan, las marismas y esteros, las playas abiertas y, sobre todo, una extensa plataforma continental plagada, hasta tiempos recientes, de prados de posidonia, como citaba Miravent en 1850, la configuraban y configuran aún, a pesar de los pesares, como un lugar plenamente idóneo para el desarrollo de las actividades pesqueras y marisqueras. Yacimientos del calcolítico, como Papauvas o El Rincón, localizados en la Ría de Huelva, en cuyos vertederos abundan los restos de mariscos, y factorías de salazones romanas y anteriores, localizadas no sólo en la actual ciudad de Huelva, sino también en toda la línea costera desde Isla Canela (Ayamonte) al Cerro del Trigo en Doñana, evidencian una continuidad histórica en la que nuestros ancestros explotaban los recursos del litoral no sólo para la mera subsistencia, sino también integrándose en grandes circuitos comerciales, iniciados por fenicios y púnicos, y desarrollados plenamente durante los primeros siglos de ocupación romana. Y, además, se mantuvieron las referencias al “garum” como uno de los presentes que un monarca visigodo remitía a la corte merovingia, las descripciones bizantinas de la historia del potentado Dúnala, enriquecido con las exportaciones de salazones de sus posesiones de Saltés, o los propios textos árabes sobre dicha isla y sus producciones de salazones de sardinas que eran consumidas en Sevilla y en Córdoba, denotan una continuidad de aprovechamientos que evidencian la pervivencia de usos, técnicas, hábitos y saberes.



Barcas artesanales en el río Tinto junto a La Rábida
(Palos de la Frontera, Huelva)



A la izquierda, pateras y botes artesanales en Punta del Moral (Ayamonte, Huelva)

Arriba, bote artesanal de trasmallo en Punta del Moral (Ayamonte, Huelva)

Abajo, moderno rastros remolcado para coquina en Punta del Moral (Ayamonte, Huelva)

La pesca de sardinas mediante jábegas, la de atunes con almadrabas de tiro, o los sedales para corvinas, dentones y hurtas, son artes que, a pesar de su etimología árabe, ya habían sido descritas por Opiano de Apamea y Claudio Eliano en el siglo III. La presencia de estas artes está documentada en las playas de Huelva a lo largo de toda la Edad Media, y también las abundantes exportaciones que se realizaban a la costa del levante peninsular e Italia durante los siglos XV y XVI. Con posterioridad, en el siglo XVIII, se produce su etapa de mayor apogeo, bien descrita por Oyarbide, siendo la causa, incluso, de la fundación de poblaciones como Isla Cristina. Esta bonanza fue interrumpida bruscamente por los conflictos bélicos de finales del XVIII y, sobre todo, por los gravámenes sobre la sal. Aun así, todavía se usaban jábegas en los años sesenta del pasado siglo en las playas de La Antilla, El Hoyo o El Portil. Sardinas, bonitos, caballas y boquerones, junto a la abundancia de sal, permitían impulsar la producción a escala industrial de salazones y salmueras, en las chancas de las poblaciones de la costa. Junto a las jábegas y sedales, las almadrabas completaban el repertorio de las artes de pesca intensivas en capital. Se caló alguna en Ayamonte, a finales de la Edad Media, en pleitos con el conde de Niebla, y otras en las playas de Doñana o en la Barra de El Terrón. Fue precisamente en El Terrón, ya en el siglo XVIII, donde se caló la primera almadraza de Buque de Andalucía, arrendada por compañías locales al Marqués de Villafranca. En esa época, existían chancas para la salazón de atunes, no sólo en La Higuera, sino también en Ayamonte, Huelva, en El Terrón o en El Rompido. Precisamente, esta última población, El Rompido, aparece por primera vez representada en un grabado del Diccionario de Sañez-Reguart como “lugar donde se salan los atunes”.



Montaña de sal en las salinas industriales de la Isla de Bacuta (Huelva)

El comercio de la sal, y muchas salinas, fueron monopolio estatal y producto estancado, cuyo tributo pasó entre 1780 a 1850 de 12 rs. vn. la fanega a 50 rs. vn., provocando revueltas y motines en los pueblos de la costa que dieron al traste con el predominio moderado. Al establecerse una exención para aquellos que exportasen salazones a más de 20 leguas, relocalizó dichas actividades en los puntos más lejanos del mercado tradicional, Sevilla y su entorno. Pero no sólo hubo artes playeras y almadrabas; modestos boliches, junto a tapaesteros y lavadas de mar o de río, permitían a los no matriculados ganarse el sustento y mantener a sus familias. Y es que, el privilegio de pesca a los matriculados, a cambio de servir en la Armada, sólo se limitaba a los que remaban en las barca o botes, o navegaban en faluchos, místicos o laudes. Los “terrestres”, los no matriculados, tiraban de esas artes playeras, ayudados a veces por mujeres, niños y, en ocasiones de grandes capturas, por animales.

Pero también nuestros pescadores se alejaban de la costa; los marineros palermos, mogueres, leperos, ayamontinos y onubenses de los siglos XIV-XVI se dirigían a la costa africana a la captura de cazonos y otros pescados de cuero, comerciando con los locales e incluso salando las capturas en tierra firme y conduciéndolas a puertos del Levante peninsular y de todo el mediterráneo occidental. Estos negocios fueron frustrados al inmiscuirse empresarios ingleses que luchaban por hacerse con el mercado ibérico de salazones y ahumados. Y es que este gran mercado –los reinos católicos peninsulares– se abastecía de diferentes fuentes: los arenques del Mar del Norte, monopolizados por las Provincias Unidas; el bacalao norteamericano, bajo control británico tras el Tratado de Utrech; y de las salazones de sar-



Estructuras y compuertas en la antigua salina de Bacuta (Huelva)

Embarcadero de las antiguas salinas de Bacuta (Huelva)

dina, atunes, bonitos, merluzas y cazones, siendo este rincón andaluz uno de los principales lugares de producción. Sin sal no podía entenderse la producción a gran escala, dado que los mercados locales no podían consumir más que una exigua porción de las potenciales capturas. Pero, una vez producidas las salazones, había que competir con las ingentes importaciones, hasta el punto de que, en periodos bélicos con Gran Bretaña, se autorizaban a buques de dicha bandera a desembarcar bacalao en puertos peninsulares para evitar el desabastecimiento y, cómo no, incluso sin autorización, a través del contrabando.

A finales del XVIII, llega la crisis: la matrícula de mar, conflictos bélicos, buques armados, marinería, desertiones y abandono de la pesca y desaliento. Si en 1776 las estimaciones de Oyarbide sitúan sólo la producción de salazones de sardina en torno a las 3.200 Tm anuales, sesenta años después los niveles de producción dados por Miravent en su “Memoria sobre las pescas...” son similares; finalizado el periodo de conflictos bélicos (1784-1824), se ha superado la gran crisis del sector, y sólo el tributo sobre la sal resulta una amenaza a su desarrollo.

A mediados del XIX, cuando publicaba Miravent su trabajo o cuando Berthelot salía de la Ría de Huelva en dirección a Cádiz, tratando de estudiar las pesquerías, aún predominaban las artes de tiro playero. Las almadras de buche, desamortizadas desde 1818, comenzaban a ser un negocio próspero; la de La Tuta, iniciada en 1828 y explotada por un grupo de empresarios isleños, la de El Portil, heredera de la del Duque, que comenzó a calarse en 1841; la de La Mojarra, que databa de 1839, junto a otras autorizadas

a finales de siglo, totalizando siete almadrabas de atún y tres de sardinas, vinculadas al desarrollo salazonero y, sobre todo, al inicio del negocio conservero, circunscrito en su origen a la exportación de conservas de atún al mercado italiano.

Pero también se reinician las pesquerías de altura; faluchos ayamontinos y onubenses acudían a la costa de Larache cada verano para dedicarse a la pesca de la merluza con artes de cordel e incipientes palangres y, una vez capturadas, eran remitidas a Málaga, Cádiz y Sevilla para su comercialización.

Las décadas de 1860-1870 constituyen el inicio de la liberalización del sector, se elimina la exclusividad de los matriculados, facilitando la entrada de capitales, se suprime el estanco de la sal y, entonces, comienza el despegue pesquero. La liberalización de la producción y venta de la sal impulsa el negocio salinero, multiplicándose las explotaciones en las rías onubenses. Las de Bacuta, Cardeñas, El Astur, junto a otras cinco en la ría de Huelva; nueve en Isla Cristina, otras siete en Ayamonte e, incluso, una en Lepe y otra más en Almonte. Sobre 1874 se introducen los primeros galeones a remo para la pesca de sardina, que permitía a los pescadores alejarse de las playas buscando los cardúmenes que, según los documentos de la época, huían de las desembocaduras del Guadiana y del estuario del Tinto-Odiel a causa de las aguas sulfurosas que la expansión minera y las teleras provocaban. Documentos de la época nos hablan de almadrabas consumidas en Ayamonte por las aguas ácidas vertidas por la mina portuguesa de Sao Domingos, de bancos de ostras y almejas muy productivos en Huelva que



Embarcaciones equipadas con dragas hidráulicas para chirlas en Isla Cristina (Huelva)

desaparecen para siempre, de sardinas que no se acercan a las playas y de atunes espantados y almadraberos que renuncian a sus concesiones. Y ante esos problemas, el sector debe reconvertirse, surgiendo nuevas artes y nuevos barcos.

En Huelva capital se introducen los primeros bous o arrastres a vela en esa década de la mano de la familia Narváez, origen de lo que llegará a convertirse en la principal flota arrastrera de España a finales de los sesenta y primeros setenta. En Isla Cristina y Ayamonte y, en menor medida, Lepe y Huelva, se introducen las primeras artes de cerco –tarrafas- de origen norteamericano. En 1904 el empresario Guillermo Sundheim junto a otros onubenses adquieren dos vapores ingleses para iniciar una empresa de pesca de arrastre en el Golfo de Cádiz y las costas de Marruecos.

Los isleños y ayamontinos no se quedan atrás. En 1908 se adquiere el primer vapor para la pesca de cerco de tarrafa; en 1921 ya son cerca de 36 vapores de cerco con 1.250 TRB, pero, poco después, la sardina, huidiza, comienza uno de sus ciclos y desaparece de estas aguas. Las casi 21.000 Tm de sardina capturadas por los 36 vapores tarraferos existentes en 1923 se reducen a poco más de 400 Tm en 1936. Crisis, cierre de fábricas, huelgas, exportación de vapores a Portugal, son las características del sector en los años anteriores a la Guerra Civil.

Las almadrabas, monopolizadas en 1928 bajo el *todopoderoso* Consorcio Nacional Almadrabero, comienzan a cerrar algunos de los pesqueros y fábricas, dejando sólo una almadraza operativa en la provincia desde 1940. A



Desembarco de caballas en el puerto pesquero de Isla Cristina (Huelva)



Antigua fábrica de Conservas Tejero en el estero de Domingo Rubio (Palos de la Frontera, Huelva)

Al finales de los cincuenta intentó rehabilitar alguna de las que había cerrado, como Las Cabezas en Isla Cristina o La Cinta en Huelva. Pero las capturas no compensaban los esfuerzos. La almadra de Nueva Umbría realizó su última campaña en 1965, con una captura irrisoria de tan sólo 158 atunes, cuando en 1937 había capturado 25.200 atunes.

Tras la guerra se agudiza la crisis del sector. No hay carbón, los buques apenas faenan entre 1940 y 1948, las capturas son testimoniales y sólo el sector artesanal subsiste a duras penas. Barcas de vela y botes de remo, dedicados a trasmallos y rastros, son los encargados de abastecer los mercados locales. Pero, poco a poco, se normaliza el suministro de combustibles; los vapores van siendo sustituidos por buques más modernos. En Huelva, en la capital, la flota de arrastre dedicada a la captura de crustáceos sigue su expansión; con casi un centenar de vapores y motores dedicados al arrastre en 1948, junto a un par de vapores tarraferos para cerco.



Antigua fábrica de conservas de la empresa Pesca y Salazones del Suroeste, S. A.

Por su parte, en Isla Cristina y Ayamonte, la sardina no regresa y las campañas posteriores a la Guerra Civil son decepcionantes. Los viejos vapores tarraferos van siendo sustituidos por modernos buques de casco de acero y motores de gasoil orientados a la captura de sardina en aguas norteafricanas, como medio para abastecer a las fábricas de conservas y salazón, que necesitan materia prima para satisfacer una demanda creciente de los mercados interiores, donde la salazón de sardinas se ha convertido en un alimento común. Se busca a la sardina, se la persigue, y la flota sardinera de altura se consolida. Es la época dorada de la pesca de sardinas, siendo Ayamonte e Isla Cristina puertos situados a la cabeza de capturas en



Antiguo Real de la Almadraba de Nueva Umbría
(Lepe, Huelva)

España. Pero los cambios en los hábitos de consumo, con la irrupción de los productos congelados desde mediados de los sesenta, hundió la demanda de salazones e, incluso, la de conservas. De las más de ochenta fábricas existentes en 1970, tan sólo una decena subsistían en 1978, habiéndose agrupado muchos empresarios en Usisa (Unión Salazonera Isleña, SA) en Isla Cristina y Pesasur (Persca y Salazones del Suroeste, SA) en Ayamonte, empresas que aún subsisten con modernas instalaciones.

La flota artesanal de botes de vela y remo, integrada por 487 unidades y cerca de 2.000 TRB en 1940, va siendo sustituida lentamente por pequeños buques de madera dotados de motor. Son barcos polivalentes, dedicados, a veces, al arrastre, a la acedía y el langostino cerca de la costa; y en otras, al rastro remolcado, capturando chirlas, el “mechillón”, cuyas capturas alcanzan niveles extraordinarios a finales de la década de 1960, con más de 30.000 Tm de bivalvo que se convierte en un producto habitual en los mercados del centro de la Península. Pero, sorpresivamente, en 1969, el caladero se hunde, y las capturas son nulas en 1971 ¿Qué había pasado? ¿Sobreexplotación? Eso indicaban algunos trabajos de la época. Pero no, la puesta en marcha del polo industrial en Huelva cobró su peaje; doscientos barcos se pudrían en la Isla de Saltés o en los esteros de Carreras. La pesca en Huelva parecía estar condenada siempre a ser la hermana pobre de las actividades económicas.

Mientras, los vapores arrastreros de Huelva, dedicados a la captura de crustáceos en aguas marroquíes y del Golfo de Cádiz, comienzan a dar origen a un segmento de flota. El 1964 el pesquero Onuba, que había sido equipado

con cámaras de congelación, realiza una campaña exploratoria en aguas de Mauritania y Senegal. Es el primer buque de arrastre congelador de Huelva, segmento que comienza una rápida expansión hasta alcanzar unas 250 unidades en 1978 desplazando 81.982 TRB y que operaban en todo el litoral africano, desde Mozambique a Mauritania. Pero la extensión de las aguas territoriales y las ZEE (Zona Económica Exclusiva) a partir de 1978, limitó drásticamente la actividad, reduciéndose progresivamente el número de unidades y comenzando un proceso de exportación de buques a empresas pesqueras conjuntas y sociedades mixtas. En la actualidad sólo 33 buques con bandera española siguen manteniendo esta actividad.

Ya no hay flotas de altura –se dejó de faenar en el caladero marroquí– y la flota congeladora es testimonial. La pesca subastada, las capturas, es semejante en volumen a la de 1915, pero la flota es mucho mayor y de mayor potencia. Ya no se construyen buques de madera; el último se botó en 2000. Pero, es más, si en 1987 tan sólo había 29 barcos de poliéster frente a 548 de madera, en la actualidad hay 342 de poliéster y sólo 50 de madera que van curso a su desaparición, y con ellos una actividad inmemorial, la carpintería de ribera, cuyas principales empresas ya han cerrado.

Con esta breve trayectoria histórica de lo que ha sido la pesca en la costa de Huelva, se vislumbra la importancia que esta actividad ha tenido y que aún mantiene, a pesar del descenso en el nivel de capturas y flota. Pero la importancia de la pesca en las sociedades locales onubenses no solo se mide en productividad económica. La pesca implica un modo de vida, unas formas de relaciones laborales que influyen en la cotidianidad social (asociacionismo, cooperación, cofradías), familiar y vecinal; unos conocimientos y saberes que, por lo general, se transmiten de generación en generación; labores y trabajos vinculados al hecho de pescar (rederos, estibadores, mujeres que trabajan en fábricas de conservas y salazones, salinas, etc.); poblaciones con un urbanismo de cara al mar, con edificios e instalaciones que les dan una fisonomía característica (muelles, lonjas, tinglados, embarcaderos, astilleros); barcos (de todas las tipologías), botes, pateras de ría; y un sinfín de utensilios, aparejos e instrumentos cuyo uso requiere de habilidades y el aprendizaje casi siempre informal. Hablamos, en definitiva, de la cultura de la pesca, una tradición que, como todas las tradiciones, se ha ido transformando y adaptando con los avatares de la política, la economía y la incorporación de las nuevas tecnologías. Pero, aun pasando de las salazones a las conservas, y de éstas al congelado y a nuevas presentaciones comerciales, la pesca destaca como seña de identidad de estos pueblos de la propia provincia de Huelva y como expresión de su patrimonio cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- BERTHELOT, S. (1856) *Exploración de la costa meridional de España*. Cádiz: Imprenta y Litografía de la Revista Médica, 1856
- GARCÍA DEL HOYO, J. J. (2006) Economía Clásica, Liberalización Pesquera y Sobreexplotación en Andalucía. En IFAPA (ed.) *Historia de la Pesca en el ámbito del Estrecho*. Sevilla: Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía, vol. II, 2006, pp. 961-1001
- GARCÍA DEL HOYO, J. J. (2009) El desarrollo de las estadísticas del sector pesquero durante los siglos XVIII y XIX. En BASULTO SANTOS, J.; GARCÍA DEL HOYO, J. J. (ed.) *Historia de la Probabilidad y Estadística (IV)*. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2009, pp. 265-310
- JIMÉNEZ DE MADARIAGA, C.; DELGADO MÉNDEZ, A. (2016) Marismas del Odiel: usos y recursos tradicionales. En CAMPOS CARRASCO, J. M. (dir.) *El patrimonio histórico y cultural en el paraje natural Marismas del Odiel. Un enfoque diacrónico y transdisciplinar*. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva y Autoridad Portuaria de Huelva, 2016, pp. 468-490
- JIMÉNEZ DE MADARIAGA, C.; GARCÍA DEL HOYO, J. J. (2014) Cultura de la Pesca, Patrimonio y Turismo. En GARCÍA DEL HOYO, J. J. (ed.) *Cultura, Mercado y Gestión de la Pesca Artesanal en el Golfo de Cádiz*. Huelva: Universidad de Huelva, 2014, pp. 107-131
- JIMÉNEZ DE MADARIAGA, C.; GARCÍA DEL HOYO, J. J. (2016) *Cultura y Pesca. Actas de las Jornadas de Patrimonio Cultural Pesquero*. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2016
- MIRAVENT y SOLER, J. (1850) *Memoria sobre las pescas que se cultivan en las costas de España, desde el cabo San Vicente hasta el Estrecho de Gibraltar*. Huelva: Imprenta Reyes, 1850
- OYARBIDE, J. M. (1776) *Informe a la Real Sociedad Patriótica de Sevilla*. Obra manuscrita. Archivo Histórico de Sevilla. Papeles del Conde del Águila, tomo 61, número 4. Sevilla
- RODRÍGUEZ SANTAMARÍA, B. (1923) *Diccionario de artes de pesca de España y sus posesiones*. Madrid: Imprenta de los sucesores de Rivadeneyra, 1923
- SAÑEZ-REGUART, A. (1791-1795) *Diccionario Histórico de los Artes de la Pesca Nacional*. Madrid: Imprenta de la Viuda de D. Joaquín Ibarra, 1791-1795